

ran muy dichosos por conoceros! ¿no es verdad, señores? ¡muy dichosos!

Delhomme, Clou y los otros se habían levantado, impresionados por la fría actitud de Rochefontaine. Su deferencia se convirtió en respeto, en aquel miedo y anonadamiento que les causaban toda voluntad y todo poder. Y escucharon en un profundo silencio lo que él había pensado decirles: sus teorías, iguales á las del Emperador, sus ideas de progreso sobre todo, á las cuales debía el reemplazar en el favor de la Administración al antiguo candidato, de opiniones condenadas; después comenzó á prometer carreteras, ferrocarriles, canales, ¡sí! un canal que atravesaría la Beauce, para apagar al fin la sed que la abrasaba hacia tantos siglos. Los campesinos escuchaban estupefactos. ¿Qué es lo que decía? ¡Agua para los campos! Él continuaba, y acabó amenazando con los rigores de las autoridades á los que votaran mal. Todos se miraron. ¡He aquí uno que los sacudía, y del cual convenía ser amigo!

—Sin duda, sin duda—repetía Macqueron á cada frase del candidato, algo inquieto sin embargo por su rudeza.

Pero Becú aprobaba con fuertes movimientos de cabeza aquella palabra militar; y el viejo Fouan, con los ojos desencajados, parecía decir que aquél era un hombre; y el mismo Lequeu, tan impasible de ordinario, se había puesto muy rojo, sin que, á la verdad, se supiera si aquello le gustaba ó le disgustaba. No había allí más que dos canallas: Jesucristo y su amigo Cañón, poseídos de un evidente desprecio, tan superiores por lo demás, que se contentaban con sonreír y encogerse de hombros.

Así que concluyó de hablar Rochefontaine, se dirigió hacia la puerta. El teniente se desesperó.

—¡Cómol señor, ¿no nos haréis el honor de tomar un vaso?

—No, gracias; tengo mucha prisa..... Me esperan en Magnolles, en Bazoches, en veinte sitios. ¡Buenas tardes!

Berta ni lo acompañó; y volviéndose á su tienda, dijo á Francisca:

—¡Es muy mal educado! Por mi parte nombraría al otro, al viejo.

Acababa de subir á su landó el señor Rochefontaine, cuando le hizo volver la cabeza el restallar de un látigo. Era Hourdequin que llegaba en su modesto cabriolet guiado por Juan. El dueño de la granja no había sabido la visita del fabricante á Rognes más que por casualidad, y acudió para hacer frente al peligro, tanto más inquieto cuanto que hacía ocho días instaba á Chedeville para que se presentara, sin poder arrancarlo de algunas faldas sin duda, acaso la famosa mujer del ujier de la Cámara.

—¡Calla! ¡sois vos!—exclamó amistosamente Rochefontaine.

Los dos carruajes se habían colocado rueda con rueda. Ni uno ni otro bajaron, y hablaron de este modo algunos minutos, sentándose de nuevo, después de haberse inclinado para estrecharse las manos. Conocíanse de haber almorzado algunas veces juntos en casa del alcalde de Chateaudun.

—¿Trabajáis contra mí?—preguntó bruscamente Rochefontaine con su rudeza.

Hourdequin, que á causa de su situación de alcalde contaba no obrar muy abiertamente, quedó

desconcertado un instante al ver que aquel diablo de hombre tenía tan buena policía. Pero no carecía de serenidad, y contestó alegremente, á fin de dejar á la explicación un tono amistoso:

—Yo no estoy contra nadie, sino en favor mío..... Mi hombre es el que me protege. ¡Cuando se piensa que el trigo ha bajado á diez y seis francos, precisamente lo que me ha costado producirlo! ¡Vale más no coger un arado y cruzarse de brazos!

El otro se apasionó en seguida.

—¡Ah! sí, la protección, ¿no es esto? El recargo, ¡un derecho prohibitivo sobre los trigos extranjeros, para que los franceses doblen de precio! En fin, la Francia hambrienta, el pan de cuatro libras á veinte sueldos, la muerte de los pobres!.... ¿Cómo vos, un hombre de progreso, os atrevéis á pensar esas monstruosidades?

—¡Un hombre de progreso, un hombre de progreso! —repitió Hourdequin;— sin duda que lo soy; pero esto me cuesta tan caro, que bien pronto no podré pagarme ese lujo..... Las máquinas, todos los métodos nuevos, cosa muy hermosa, muy bien razonada, pero tiene un solo inconveniente: el de arruinarnos con arreglo á la más sana lógica.

—¡Porque sois un impaciente; porque exigís á la ciencia resultados inmediatos, completos; porque os desaniman los tropezones necesarios, negando hasta las verdades adquiridas y cayendo en la negación de todo!

—Acaso. No habré hecho más que experimentos. Decid que me decoren por ello y que otros continúen.

Hourdequin soltó la carcajada al decir aquella

broma que él creía concluyente. Rochefontaine replicó vivamente:

—Entonces, ¿queréis que el obrero muera de hambre?

—¡Dispensad! quiero que el campesino viva.

—Pero yo que ocupo mil doscientos obreros, no puedo subir los jornales sin quebrar..... Si el trigo estuviera á treinta francos, los vería caer como moscas.

—¡Pues qué! ¿yo no tengo criados? Cuando el trigo está á diez y seis francos, nosotros nos apretamos el vientre, y hay pobres diablos que se mueren por esos caminos.

Luego añadió riendo:

—¡Diablo! cada uno pide para su santo..... Si no os vendo el pan caro, es la tierra en Francia la que quiebra; y si os lo vendo caro, comprendo que aumenta vuestra mano de obra, que los productos fabriles encarecen..... ¡Ah! un buen lodazal donde todos caeremos.

Los dos, el labrador y el fabricante, el protectionista y el librecambista se midieron, el uno con las bromas de su ironía descreída y el otro con el atrevimiento franco de su hostilidad. Era aquello el estado de guerra moderna, toda la batalla económica actual sobre el terreno de la lucha por la vida.

—Se obligará al campesino á alimentar al obrero—dijo Rochefontaine.

—Haced—replicó Hourdequin—por que el campesino coma antes.

Y saltó de su cabriolet, y el otro daba ya la dirección al cochero, cuando Macqueron, disgustado de que sus amigos del Ayuntamiento hubieran es-

cuchado, repitió que iban á beber un vaso todos juntos; pero de nuevo el candidato rehusó, y sin estrechar á nadie la mano, se reclinó en el fondo de su landó, que partió al trote sonoro de los dos grandes percherones.

En la otra esquina de la calle, Lengaigne, de pie en su puerta, había visto toda la escena. Lanzó una carcajada insultante y dijo una broma grosera.

Hourdequin se entró y aceptó un vaso. Así que Juan ató el caballo á una reja, siguió á su amo. Francisca, que le llamaba por señas en la tienda, le contó su marcha y todo lo que había pasado; y él temió de tal modo comprometerla delante de la gente, que volvió á la taberna después de haberla dicho únicamente que se volverían á ver para ponerse de acuerdo.

—¡Ah! ¡voto á.....! ¿y seréis capaces de votar á ése?—exclamó Hourdequin dejando su vaso.

La explicación con Rochefontaine le había decidido á la lucha abierta. Le comparó con Chedeville, un hombre tan distinguido, tan llano con los labradores, siempre deseando servirles, un verdadero noble de la vieja Francia, en fin! Mientras que el otro, un millonario á la moda, miraba á las gentes desde lo alto de su grandeza, rehusando probar el vino del país por miedo de envenenarse! ¡Vamos, vamos, eso no es posible; no se cambia un buen caballo por un caballo malo!

—¿Qué tenéis que reprochar al señor de Chedeville? Hace tantos años que es vuestro diputado, y siempre pensando en vosotros..... ¡Y vosotros le dejáis por uno á quien en las últimas elecciones tratasteis como á un perdido cuando

el Gobierno le combatía! Acordaos, ¡qué diablo!

Macqueron, no queriendo comprometerse directamente, afectaba ayudar á servir á su mujer. Todos los campesinos habían oído con el rostro impasible, sin que ni un pliegue indicase su pensamiento secreto. Fué Delhomme quien respondió:

—¡Cuando no se conoce á la gentel.....

—Pero ¡conocéis á ese pájaro! Ya le habéis oído decir que quiere el trigo barato, y que votará porque los trigos extranjeros vengan á hacer la competencia á los nuestros. Ya os he explicado esto, que es la verdadera ruina..... Y si sois tan tontos que creáis sus halagadoras promesas, votalde, que él se burlará de vosotros.

Una vaga sonrisa apareció en el curtido rostro de Delhomme. Toda la sutileza dormida en aquella inteligencia recta asomó en algunas frases dichas lentamente.

—Él dice lo que dice, y se cree lo que se cree..... Él ú otro, da lo mismo..... De lo único que se trata es de que el Gobierno sea sólido para hacer marchar los negocios; y para no equivocarse, lo mejor es elegir el Diputado que el Gobierno quiera..... Nos basta con que ese señor de Chateaudun sea amigo del Emperador.

Hourdequin quedó aturdido con este último golpe. ¡Pero era Chedeville quien en otros tiempos era amigo del Emperador! ¡Ah! raza de siervos, siempre del amo que la explota y la alimenta, todavía hoy en la abyección y el egoísmo hereditarios, sin ver nada, sin saber nada más allá del pan del día.

—Pues bien; ¡yo os juro que el día en que Rochefontaine sea elegido, presento mi dimisión! ¿Es que se me toma por un polichinela, que he de decir amén á todo!..... ¡Si esos pillos de republicanos estuvieran en las Tullerías, os iríais con ellos!

Los ojos de Maçqueron despidieron chispas. Al fin el alcalde acababa de firmar su caída, porque aquello habría bastado, en su impopularidad, para hacer votar al país contra Chedeville.

Pero en aquel momento, Jesucristo, olvidado en un rincón con su amigo Cañón, lanzó una carcajada tan fuerte, que todos los ojos se volvieron hácia él. Con los codos en la mesa y la barba en las manos, decía muy alto, con tono de desprecio, mirando á aquellos campesinos:

—¡Cobardes, cobardes!

En aquel momento entraba Buteau. Desde la puerta había visto á Francisca en la tienda, y reconoció en seguida á Juan, sentado contra la pared oyendo y esperando á su amo. ¡Bueno! Allí estaba la perdida y su amante.

—¡Calle! mi hermano, ¡el más cobarde de todos!—añadió Jesucristo.

Alzaronse murmullos de amenaza, y ya iban á arrojarlo fuera, cuando Leroi, llamado Cañón, se mezcló en aquello con su voz aguardentosa.

—¡Cállate, querido! No son tan bestias como parecen..... Escuchad, campesinos: ¿qué diríais si se fijase en la puerta de la alcaldía un cartel que dijese en letras muy gordas: «Comunidad revolucionaria de París: primero, quedan abolidos todos los impuestos, queda abolido el servicio militar.....» ¿eh? ¿qué diríais, destripaterrones?

El efecto fué tan extraordinario que Delhomme, Fouan, Clou y el mismo Becú se quedaron con la boca abierta y los ojos desencajados. Lequen dejó su periódico; Hourdequin, que se iba, volvió; Buteau, olvidándose de Francisca, se sentó en la esquina de una mesa. Y todos miraban á aquel vagabundo, espanto de las campiñas por donde pasaba, que sólo vivía del merodeo y de limosnas forzosas. Todavía la semana última le habían echado de la Borderie, donde había aparecido como un espectro al caer de la tarde. Por eso vivía ahora con Jesucristo, mientras desaparecía otra vez.

—Ya veo que esto os gustaría.....

—Claro que sí—dijo Buteau.—¡Cuando pienso que ayer todavía he llevado dinero al recaudador! ¡No acaban nunca de desollarnos!

—¡Pues y no ver partir á los hijos!—exclamó Delhomme.—Yo que pago para redimir á Ernesto, sé lo que me cuesta.

—Sin contar—añadió Fouan—que si no podéis pagar, os los quitan y os los matan.

Cañón movió la cabeza con sonrisa de triunfo.

—¡Ya ves—dijo á Jesucristo—que no son tan tontos estos destripaterrones!

Después, volviéndose á los otros;

—Se nos dice siempre que sois conservadores y que no dejaréis hacer..... Conservadores de vuestros intereses, ¿no es esto? Dejaréis hacer y ayudaréis á hacer todo lo que convenga para conservar vuestro dinero y vuestros hijos..... ¡De otro modo seríais unos imbéciles!

Nadie bebía, y en todos los rostros comenzaba á asomar cierto malestar. Cañón continuó, gozan-

do de antemano por el efecto que iba á producir.

—Estoy yo muy tranquilo porque os conozco desde que me echáis de vuestras casas á pedradas..... Como decía este señor, todos estaréis con nosotros, con los rojos, los comunistas, cuando estemos en las Tullerías.

—¡ Ah! ¡ eso no! —exclamaron á la vez Buteau, Delhomme y los demás.

Hourdequin, que había escuchado con atención, se encogió de hombros.

—¡ Perdéis vuestra saliva, querido!

Pero Cañón sonreía siempre con la fe de un creyente. Apoyado contra la pared, se rascaba en ella un hombro después de otro. Y explicaba todo el asunto; aquella revolución, cuyo anuncio de granja en granja, misterioso, mal comprendido, espantaba á los amos y á los criados. Primero, los compañeros de París se apoderarían del poder: esto se haría acaso naturalmente, habría que fusilar menos gente de la que se pensaba, porque todo el edificio estaba tan podrido que se caería por sí solo. Luego, cuando fueran los dueños absolutos, en seguida suprimirían la renta, se apoderarían de las grandes fortunas, de modo que la totalidad del dinero, así como los instrumentos del trabajo, volverían á la nación, y se organizaría una sociedad nueva, una gran casa financiera, industrial y comercial, una repartición lógica del trabajo y del bienestar. En los campos aun sería la cosa más sencilla. Se comenzaría por expropiar á los poseedores del suelo, se tomaría la tierra.....

—¡ Atrevedos! —interrumpió Hourdequin. —Se os recibiría á tiros, y ni el más pequeño propietario os dejaría tomar un puñado.

—¿ He dicho acaso que se vaya á atormentar á los pobres? Sería menester que fuéramos unos estúpidos, para indisponernos con los pequeños..... No, se respetará desde luego la tierra de los infelices que se matan para cultivar cuatro terrones..... Solamente se tomarán las doscientas hectáreas de los grandes propietarios de vuestra especie, que hacen sudar á los criados para que los enriquezcan..... ¡ Ah! ¡ voto á.....! ¡ No creo que vuestros vecinos acudan á defenderos. Al contrario, se alegrarían mucho!

Macqueron soltó la carcajada tomando la cosa á broma, y todos le imitaron; y Hourdequin, sintiendo los antiguos odios, palideció; aquel perdido tenía razón: ni uno solo de aquellos campesinos, ni aun el más honrado, dejaría de ayudar á despojarle de la Borderie.

—De modo —preguntó seriamente Buteau— que yo que poseo tan poca tierra, ¿la conservaré, me la dejarán?

—Seguramente, compañero..... Solamente que más tarde, cuando veáis los resultados obtenidos en las granjas nacionales, vos mismo uniréis á ellas las vuestras..... Un cultivo en grande, con mucho dinero, con máquinas, con todo lo mejor como ciencia. Yo no entiendo esto; pero hay que oír hablar de ello á las gentes que allá en París explican muy bien que el cultivo se acaba si no se le practica de este modo..... Sí, vosotros mismos daréis vuestras tierras.

Buteau hizo un gesto de profunda incredulidad, no comprendiendo aquello, tranquilo sin embargo, pues que no le pedían nada; mientras que lleno de curiosidad desde que aquel hombre se

embarullaba en aquel gran cultivo nacional, Hourdequin prestaba de nuevo atención. Los demás esperaban el fin, como si se tratara de un espectáculo. Dos veces Lequen, cuyo pálido rostro se enrojecía, había abierto la boca para tomar parte en la conversación; pero las dos veces, como hombre prudente, se había mordido la lengua.

—¡Y mi parte!—exclamó bruscamente Jesucristo. ¡Cada cual debe tener su parte! ¡Libertad, igualdad, fraternidad!

Cañón se irritó y levantó la mano como si abofeteara á su compañero.

—¡Vas á marearme con tu libertad, tu igualdad y tu fraternidad!..... ¿Es que hay necesidad de ser libre? ¡Vaya una farsa! ¿Tú quieres que los burgueses nos dominen otra vez? ¡No, no; se obligará al pueblo á ser feliz á pesar suyo!..... ¿De modo que tú consientes en ser el igual, el hermano de un alguacil? ¡Estúpido! ¡Buena la hicieron tus republicanos del 48 con esas asnerías!

Jesucristo, turbado, declaró que él estaba por la gran revolución.

—¡Vamos, cállate..... 89, 93! ¡Música! ¡Una cantata que nos rompa los oídos! ¿Qué es todo eso al lado de lo que hay que hacer todavía? Ya verás: cuando el pueblo sea el amo y todo se derrumbe, yo te prometo que nuestro siglo ha de acabar de muy diferente manera que el otro. ¡Un diluvio como jamás se ha visto!

Todos se estremecieron, y el mismo Jesucristo retrocedió asustado desde el momento en que aquello de la fraternidad no iba á realizarse. Juan, que había escuchado con interés hasta entonces, sublevóse. Pero Cañón se había levantado con

los ojos chispeantes y el rostro inundado en un éxtasis profético.

—Eso tiene que suceder fatalmente, como forzosamente cae la piedra lanzada al aire.... ¡Basta ya de historias de curas, de cosas del otro mundo, basta ya de Dios! ¡No, no hay más que la necesidad que tenemos todos de ser dichosos!..... ¡Ha llegado la hora de que nos demos la mejor vida trabajando lo menos posible! Las máquinas trabajarán para nosotros, la jornada de simple vigilancia no será de más de cuatro horas; acaso lleguemos á cruzarnos completamente de brazos. Y por todas partes placeres y alegrías; ¡sí! carne, vino, mujeres, tres veces más de lo que podemos disfrutar hoy, porque estaremos más fuertes. ¡No más pobres ni enfermos, á causa de la mejor organización, de la vida menos dura, buenos hospitales, buenas casas de retiro! ¡Un verdadero paraíso! ¡Toda la ciencia consistirá en pasarlo bien! ¡Una verdadera alegría de vivir!

Buteau, entusiasmado, dió un puñetazo sobre una mesa, murmurando:

—¡Las contribuciones, al cuerno! ¡Las quintas, al cuerno! ¡Todas esas tonterías, al cuerno! ¡Nada más que placeres!... Yo firmo.

—Seguramente—declaró Delhomme con discreción.—Sería menester ser enemigo de su propio cuerpo para no firmar.

Fouan aprobó, así como Macqueron, Clou y los demás. Becú, estupefacto, trastornadas sus ideas autoritarias, preguntó por lo bajo á Hourdequin si no había que encerrar á aquel bandido que atacaba al Emperador. Pero el dueño de la granja lo calmó encogiéndose de hombros. ¡Ah, sí, la dicha!

Se soñaba con ella por la ciencia, después de haberla soñado por el derecho; esto era acaso más lógico, aunque no fuera para el día siguiente. Iba de nuevo á marcharse, y llamaba á Juan, muy embebido en la discusión, cuando Lequeu cedió bruscamente á la necesidad de mezclarse en ella, que ahogaba como una rabia contenida.

—A menos—dijo con su voz agria—que no seáis exterminados todos antes de que lleguen esas felicidades..... Exterminados por el hambre, ó á tiros por los gendarmes, si el hambre os hace peligrosos.....

Le miraban sin comprender.

—Seguramente que si el trigo sigue viniendo de América, dentro de cien años no existirá un campesino en Francia..... ¿Acaso podrá luchar nuestra tierra con aquélla? Antes de que haya tiempo de ensayar el verdadero cultivo, ya estaremos inundados de esos granos. Yo he leído un libro que lo explica muy bien.....

Pero en su arrebato, vió de pronto aquellos espantados rostros vueltos hacia él, y no acabó la frase sino con un furioso gesto, y afectó volver á la lectura de su periódico.

—Sí, los granos de América os fastidiarán—dijo Cañón—si el pueblo no se apodera de las grandes tierras.

—Y yo—concluyó Hourdequin—os repito que no es preciso que esos granos vengan..... Después de esto, votad á Rochefontaine, si ya estáis cansados de mí en la alcaldía y si queréis el trigo á quince francos.

Subió á su carruaje, seguido de Juan, que cambió una mirada de inteligencia con Francisca.

En la taberna Macqueron hablaba vivamente á Delhomme por lo bajo, mientras que Cañón, que había recobrado su aire de burlarse de todo, acababa el aguardiente bromeando con Jesucristo á quien llamaba «señorita noventa y tres». Pero Buteau, saliendo como de un sueño, se apercibió bruscamente de que Juan se había ido, y se quedó sorprendido al ver á Francisca á la puerta de la sala, donde se había plantado con Berta para escuchar. Le disgustó haber perdido el tiempo con la política cuando tenía asuntos muy serios. ¡Esa porquería de política se apodera de nosotros de tal modo! Tuvo una larga explicación con Celina, que acabó por impedirle dar un escándalo inmediato; valía más que Francisca volviera á su casa ella misma cuando se hubiera calmado, y se marchó á su vez, amenazándola con venir á buscarla con una cuerda y un palo si no se decidía.

El domingo siguiente, Rochefontaine fué elegido diputado, y habiendo enviado al prefecto su dimisión Hourdequin, Macqueron fué al fin alcalde; parecía que iba á reventar de gozo.

Aquella noche fué sorprendido Lengaigne, furioso, con las bragas caídas, á la puerta de su victorioso rival. Murmuraba:

—¡Lo hago donde me da gana, ahora que gobiernan los cochinos!

## VI.

Pasó la semana, y empeñándose Francisca en no volver á casa de su hermana, ocurrió un espectáculo abominable en el camino: Buteau, que la